

vertencias en la historia militar. En efecto, en el mismo teatro de su derrota, el príncipe Eugenio de Saboya hizo en 1705 su admirable campaña contra M. de Vendôme. Este general, considerado como uno de los más inteligentes entre los de Luis XIV, apesar de ser dueño de Mantua, dejó desbandar su izquierda. El príncipe Eugenio tuvo la increíble audacia de transportar su infantería desde la rivera izquierda del lago á Gavardo, por medio de embarcaciones, navegando por un lago tan agitado por los vientos como el mismo mar. Tan sigular movimiento no duró menos de seis días. No hubiera necesitado Napoleón la mitad de este tiempo para destruir un ejército que hubiese osado tentar en su presencia una empresa tan temeraria. Es necesario confesar que entre 1705 y 1796 el gran duque Federico volvió á aparecer introduciendo la rapidez en la marcha del arte militar.

XI

Batalla de Roveredo

El 19 de Agosto de 1796, el rey de España convino con la República un tratado de alianza ofensiva y defensiva. Tal acontecimiento ejerció una saludable influencia en los gobiernos de Nápoles y Turín. Precisa recordar lo que no cesó nunca de ser verdad: el rey de Cerdeña podría destruir el ejército francés, caso de ser rechazado en el Adige. Debido á la impericia del Directorio, el ejército piemontés no se batía bajo las órdenes de Bonaparte; estaba inactivo y una intriga de la corte podía lanzarlo contra él.

Apenas los austriacos hubieron entrado en el Tirolo, Wurmser, habiendo sido reforzado por algunos batallones, se encontró de nuevo superior en número á los franceses. Este mariscal recibió la orden positiva de rescatar Mantua, y conocía tan poco el carácter de su adversario, que imaginó poder alcanzar su fin, sin necesidad de librar batalla alguna.

Davidowich, con veinte mil hombres, fué encargado de la defensa del Tirolo; Wurmser mismo, con los veintiseis mil restantes, pasó las montañas que forman el valle del Adige por la vertiente del Brenta y siguió el curso de este río, con intento de echarse encima, por Porto Legnano, de las retaguardias del ejército francés.

La casualidad hizo que en el momento en que Wurmser descendía el valle del Brenta, el general francés, que acababa de recibir un refuerzo de seis

mil hombres, avanzase también por el Tirol. Quería probar su conjunción con el ejército del Rhin. Algunos meses antes, después de la paz con el rey de Cerdeña, Napoleón había presentado esta idea al Directorio, pero Jourdan se había dejado derrotar y Moreau, comprometido, se había retirado, siendo imposible ahora penetrar en el Tirol.

Napoleón ignoraba la derrota de Jourdan, así como los movimientos de Wurmser hacia Bassano, cuando el 2 de Septiembre avanzó por el valle del Adige. Se libraron algunos brillantes combates en Mori y Calliano y una batalla en Roveredo. Los austriacos no sacaban ninguna experiencia de sus derrotas y seguían cometiendo las mismas faltas. Sus generales eran viejos; fieles al sistema de guerra antiguo extendían sus tropas en pequeños destacamentos, frente á un hombre que obraba en masa. Una táctica nueva hubiera sido tanto más necesaria á los austriacos cuanto que el ejército francés lleno de entusiasmo por la libertad, de orgullo militar y de confianza en su jefe, tenía rasgos casi increíbles de bravura y audacia.

XII

Del arte militar

Durante el largo reposo del ejército de Italia, que duró dos meses, del 15 de Septiembre al 15 de Noviembre de 1796, vamos á permitirnos algunas consideraciones.

Este libro, aun apesar mio, presenta demasiado amenudo relatos de batallas; pero, ¿cómo evitarlo si nuestro héroe ha comenzado así, si el placer de conquistar la gloria mandando á sus soldados y venciendo con ellos ha formado su carácter?

No obstante estos relatos parecerán un poco menos desligados de todo interés si se quiere tomar la molestia de juzgar las ideas siguientes. Después de todo, se habla siempre de guerra en nuestras sociedades modernas. No se librarán combates en el porvenir por la posesión de una provincia, cosa de demasiada poca importancia para la dicha de todos; pero sí por la posesión de un título ó de un *cierto gobierno*. En fin, en nuestro siglo de universal hipocresía, las virtudes militares son las solas que no podrían ser reemplazadas con ventaja por aquella. El arte militar, si se quiere hablar claramente y sin usar palabras rimbombantes, es bien sencillo de definir: consiste, para un general en jefe, en hacer que sus soldados *se encuentren dos contra uno en el campo de batalla*.

Esta frase lo dice todo; es la única regla, pero muy amenudo falta tiempo para aplicarla. Es una di-

ficultad que no se traspasa en vano haciendo una previa provisión de sabias reflexiones y de hechos bien explicados. Es necesario inventar cosas razonables en dos minutos y casi siempre en medio de los gritos y de las emociones. El mariscal Ney era en estas circunstancias un volcán de ideas razonables y firmes, apesar de hablar poco y mal, en los casos comunes, y parecer turbado por la timidez.

Si se quiere, es preciso el entusiasmo para exponer la vida; es preciso el entusiasmo para una capitán de granaderos, para Gardanne precipitarse en el Mincio, en Borghetto, pero para un general en jefe la guerra es un juego de ajedrez.

Al lado de un castillo gótico se eleva una torre; en el resbaladizo techo de pizarra que la corona, está de pié un pizarrero que aparece tanto más pequeño cuanto á mayor altura está; si cayese moriría irremisiblemente, pero él, en su ocupación, poco piensa en el peligro que corre; su objeto es colocar bien su pizarra, no quebrarla con sus matillazos y por fin, ajustarla bien sólidamente.

Si en lugar de pensar en fijar bien su pizarra, pensase en el peligro que corre, nada haría que valiese la pena.

Así, por poco que un general tenga la debilidad de pensar en el peligro al cual está expuesta su vida, sólo posee una semi atención que fijar en su juego de ajedrez y es necesaria una atención profunda, ya que se trata á la vez de inventar grandes movimientos y de prever los inconvenientes, pequeños en apariencia, pero que pueden desbaratarlo todo.

De aquí el profundo silencio que reinaba en derredor de Napoleón; cuéntase que en las más grandes batallas, excepción hecha del estampido del cañón más ó menos próximo, se hubiera oído el vuelo de una avispa en el lugar donde él estaba; todos, del primero al último, reprimían hasta su tos.

Es indispensable al general en jefe poner una extrema atención en el partido de ajedrez, y, mientras tanto, no le es permitido ser sincero; debe ser comediante y allí como en todas partes el grado de grosería de la comedia se calcula por el genio de aquellos por quienes es jugada.

Son conocidas de todos las admirables monerías del gran Suwaroff. Catinat, el único general razonable de los últimos años de Luis XIV, tenía el aire de un frío filósofo, en medio del fuego, lo que no ajusta con el carácter francés. Es necesario impresionar á los soldados de esta nación por algo físico, por algo palpable: ser un magnífico comediante como el rey Murat (muy parecido en el cuadro de la batalla de Eylau de Gros) ó un hombre singular único en su especie rodeado de generales cubiertos de brocados y llevando un redingote gris, no de uniforme, pero proscrito por la comedia, como los penachos infinitos del rey Murat, como el aire altivo del subteniente de húsares. En el ejército de Italia se adoraba hasta el aire enfermizo del general en jefe.

La admiración no es difícil en tales circunstancias; existiendo la emoción basta con singularizarse.

En general, es hacia los veintidos años que el hombre tiene en mayor grado la facultad de decidir en dos minutos los más grandes intereses. La experiencia de la vida disminuye esta facultad, y me parece evidente que Napoleón era menos gran general en Moscowa y quince días antes de la batalla de Dresde, que en Arcole y Rivoli.

Para un general de división, el arte de la guerra consiste en hacer, con sus soldados, el mayor mal posible al enemigo y recibir el menor número posible de perjuicios. El talento de un general de división aumenta con la experiencia, y si su cuerpo no ha contraído ninguna enfermedad demasiado peligrosa, es

quizás hacia los cincuenta años, que dicho talento llega á su grado máximo.

Se vé cuán absurdo es hacer generales en jefe á viejos generales de división; es así como obró Prusia en Jena. Kalkreuth, Mollendorf y el duque de Brunswich no eran más que viejos generales de división de Federico. Para colmo de desdicha, varios de estos generales eran cortesanos; es decir, que después de los treinta años, la más pequeña circunstancia les descorazonaba en cualquier momento.

La regla de hacer el mayor mal y de recibir el menor posible es siempre la misma, desde el general de división hasta al teniente de menor importancia que tiene un cuerpo de veinticinco hombres á su mando.

Cuando un general francés ataca diez mil austriacos con un cuerpo de veinte mil hombres, poco importa que á algunas leguas del campo de batalla los austriacos tengan un segundo cuerpo de quince ó veinte mil hombres, si no pueden llegar en su auxilio sinó después de derrotados.

La experiencia demuestra que mil hombres que se creen en la seguridad de vencer, derrotan á dos mil ó hasta á cuatro mil que, aunque muy bravos individualmente, dudan del buen éxito de la operación. Un regimiento de húsares acuchilla muy bien á seis mil infantes que huyen; que un general de serenidad reuna sus fugitivos detrás de un seto, haga derribar ocho ó diez árboles y dirija la rama hacia la caballería, bien pronto esta huirá á su vez.

Pero esta excepción no destruye en ningún modo la regla principal y puede decirse única, consistente para un general en jefe en encontrarse dos contra uno en el campo de batalla.

El principio del general en jefe es absolutamente igual al de los ladrones que, en una esquina, se encuentran *tres contra uno* alrededor del transeunte y á

cien pasos de un grupo de diez hombres. ¡Qué le importa al infeliz robado la patrulla que llegará á los tres minutos!

Siempre que Napoleón ha destruído un flanco del ejército enemigo no ha hecho otra cosa que encontrarse dos contra uno.

En Roveredo, en Bassano y en todos los combates de la campaña del Tirol, mil franceses derrotaban siempre á tres mil austriacos. (Napoleón se acomodaba pues á la regla, colocando mil franceses contra mil austriacos.)

La gran dificultad de la *marcha de flanco* es que, suponiendo siempre á los soldados de los dos ejércitos tan listos y tan bravos unos como otros, el ejército que ejecuta dicha marcha puede encontrarse con uno de sus cuerpos de ocho mil hombres rodeado por dieciseis mil enemigos.

El mismo accidente puede tener lugar en el paso del orden defensivo al orden ofensivo. Un ejército que, en orden defensivo, ocupa la rivera izquierda del Sena, de París á Honfleur, tendrá ochenta ó cien puestos de cien hombres cada uno y cinco ó seis cuerpos de dos ó tres mil hombres. Para pasar al orden ofensivo contra un ejército viniendo de Chartres, por ejemplo, es preciso que se reuna en un solo cuerpo ó en dos á lo más. Si para esta operación, cada uno de los pequeños cuerpos sigue la línea más corta, que es la de *banderas*, es evidente que este ejército, si espera demasiado tarde para su movimiento, opera realmente una *marcha de flanco* á los ojos del enemigo, lo que dá á éste ocasión de atacar á dos mil hombres con cuatro mil.

Poco importa que á cinco leguas del campo de batalla, los dos mil hombres atacados tengan seis mil camaradas; cuando llegarán éstos, dichos dos mil serán ya *destruídos*, (es decir, doscientos muertos, seiscientos heridos, cuatrocientos prisioneros y seis-

cientos abatidos, ó *desmoralizados*, en lenguaje militar.)

Así, el general Mack, en su campaña contra Championnet, (1799), tenía razón; su error único, cuando salió de Nápoles para atacar á los franceses en Roma, consistió en figurarse que tenía suficientes soldados; seis mil napolitanos atacaron á tres mil franceses; un general en jefe no podía hacer más.

Una cosa muy singular es la causa de la confusión que existe muchas veces en todos los discursos de guerra: las lenguas modernas poseen únicamente la sola palabra *ejército*, para expresar un ejército reunido de manera á poder librar una batalla en una hora y un ejército diseminado para poder vivir, ocupando veinte leguas de terreno. Por ejemplo, se da el nombre de *ejército* á cien mil hombres reunidos de la manera siguiente: veinte mil en el arco de Etoile, cuarenta mil en el bosque de Bolonia, veinte mil en Bolonia misma y veinte mil más en Auteuil; ó bien al mismo número de soldados diseminados en las poblaciones comprendidas entre Bolonia y Rouen.

Es evidente que este segundo ejército no puede librar batalla alguna en tanto no esté reunido; pero para que se junte en un espacio de dos leguas, en todo sentido, como el bosque de Bolonia y sus alrededores, es preciso: 1.º, veinticuatro horas de tiempo; 2.º, que el general en jefe le haya hecho de antemano aprovisionar de víveres, ó reuna en tan corto espacio de tiempo cien mil raciones para cada veinticuatro horas.

De aquí, para decirlo de paso, un medio seguro de hacer mover á los austriacos: atacar la ciudad en que tienen sus almacenes; esta ciudad es siempre para un ejército austriaco lo que Mantua fué para el ejército del general Bonaparte á fines de 1796: el centro de todas las decisiones.

Cada treinta años, según que la moda atribuya

valor á tal ó cual *receta* para derrotar al enemigo, los términos de guerra cambian y el vulgo cree haber progresado en las ideas cuando ha hecho solamente un cambio de palabras. (1)

Pueden verse las admirables reflexiones de Napoleón sobre las campañas de Aníbal, Turenne, Federico II, César, etc. Napoleón estaba bastante seguro de sus pensamientos y por esto se atrevía á expresarse claramente. Sus reflexiones ponen en ridículo la mayor parte de frases sobre el arte de la guerra.

(1) Igual sucede con el arte de curar las enfermedades.

XIII

Ocupación de Módena por los franceses.—Bologna y Ferrara forman una de las dos repúblicas cispadanas y Reggio la otra.—Ocupaciones de Bonaparte desde el combate de Saint-Georges hasta el ataque de Caldiero.—El general Gentili desembarca en Córcega el 19 de Octubre de 1796.

Napoleón dedicó el mes de Octubre á los cuidados que exigía el interior de Italia.

La amenazadora invasión de Wurmser había reanimado las esperanzas de la corte de Roma, que ya no seguía las condiciones del armisticio de Foliño. Era preciso negociar y amenazar á propósito para dominar este poder peligroso; veinte meses más tarde viéronse los prodigios que el cardenal Ruffo pudo hacer en Calabria, con la exaltación religiosa. (1)

La regencia de Módena había violado escandalosamente las condiciones del armisticio, entregando á la guarnición de Mantua provisiones preparadas de antemano; los franceses ocuparon Módena. Los patriotas de Reggio verificaron por sí mismos la revolución.

Fué cuestión de formar repúblicas, tomando por modelo á la de Francia. Con ocasión de un congreso provocado y sabiamente organizado por el general francés, Bologna y Ferrara formaron una república y Reggio formó una segunda. Estas repúblicas que, por alusión á los antiguos nombres de las provincias

(1) Ver al muy verídico Coletta: *Historia de Nápoles de 1735 á 1815.*

romanas, tomaron el nombre de *Cispadanas*, existieron muy poco tiempo. Bonaparte procuraba establecer estos estados sólo en interés de su ejército; las ideas más exaltadas le eran censuradas por los prejuicios de Barras y Rewbell y por los de los italianos mismos. Entonces cada ciudad de Italia aborrecía y despreciaba á la ciudad vecina; este estado de cosas existía, según toda apariencia, desde antes de la conquista de los romanos y no ha sido un poco debilitado hasta el establecimiento del reino de Italia de 1802 á 1815. Tal odio es aún hoy día el más grande obstáculo á la libertad, ó al menos, á la independencia de Italia.

Prestándose al establecimiento de estas repúblicas provisionales, Napoleón hubiera querido poder conservar algunos privilegios á la nobleza y al clero, pues quería, ante todo, no tener en contra suya á estas clases poderosas en la lucha que iba á empeñarse en el Adige. Los reveses de los ejércitos de la República en Alemania le hacían mirar como muy próxima esta lucha decisiva, pero hubiera sido sumamente imprudente hablar de otra cosa que de *pura democracia* á los jóvenes patriotas que formaban su ejército.

El justo temor de ser nuevamente dependientes de Austria, como compensación de Bélgica, cuando la conclusión de la paz, enfriaba el entusiasmo de los milaneses. Por probidad política, el general Bonaparte procuró comprometer lo menos posible á estos pueblos, que podrían ser tan desgraciados si alguna vez Austria tuviese ocasión de poder castigar su amor á los franceses (1); en esto obedecía las órdenes del Directorio, razonable esta vez.

(1) Los deportados á las bocas del Cattaro en 1799, les vi yo mismo entrar en Brescia en 1801. Véase la historia pintoresca de esta prisión por el pobre Apostoli c. d. l. a. En 1821, prisión de Spielberg, en *Le mie prigioni* de Silvio Pellico.

El objeto real de toda esta apariencia de organización política de la alta Italia, era despertar el amor propio de los pueblos y conducir á la Lombardía á reunir algunas legiones asalariadas que de acuerdo con las guardias nacionales de las repúblicas del Pó, mantuviesen el orden en el interior del país conquistado, pudiendo por este medio estar disponible una parte de las guarniciones francesas.

El resto de Italia tomaba un aspecto poco tranquilizador para el ejército; las negociaciones con Nápoles se hacían interminables; la política del Piamonte parecía incierta. Era milagroso que el rey Víctor Amadeo no se apercibiese de que su posición era absolutamente la misma que la de su abuelo Carlos II en 1705, cuando éste se declaró contra los ejércitos de Luis XIV que estaban sobre el Adige y que ocasionó su ruina.

El Papa, vuelto en sí de su primer terror, ya no soñaba en la paz; el Senado de Génova, cansado de las demandas pactadas para la subsistencia de las tropas francesas, fomentaba los disturbios que se declaraban en los feudos imperiales, enclavados en su territorio.

En cuanto á Venecia, el odio que sentía por la República francesa era exagerado; tenía medios para perjudicar infinitamente al ejército, pero el ingenio y el valor le faltaban casi por igual; felizmente para Francia, ya no existían en aquel país los Morosini, los Dandolo y los Alviane. Sus débiles sucesores no supieron apercibirse de que la suerte del ejército, que tanto miedo les inspiraba, la tenían en sus manos.

Allí, como en todas partes, la vieja Europa solo podía oponer á la República la astucia y la traición; la fuerza de querer no existía ya fuera de Francia, exceptuándose solo á Pitt y á Nelson. Es quizás por esto que Inglaterra, tan poco interesada en los debates de las viejas monarquías del continente con la Re-

pública, acabó por encontrarse al frente de la coalición, pues no puedo llegar á creer que en 1796 la aristocracia inglesa tuviese el más mínimo temor de los radicales. Sea lo que fuera, Inglaterra paga aún hoy día este orgulloso placer que su aristocracia dióse hace cuarenta años; existe una deuda enorme cuyos intereses se van saldando.

Francia, que tenía entonces veinticinco millones de habitantes, cuenta hoy día treintitrés millones (1837); el pueblo hase vuelto en ella propietario; ha adquirido comodidad, moralidad y justicia, mientras que diez millones de ingleses por cada quince millones, están obligados á trabajar catorce horas diarias, so pena de morir de hambre en el arroyo. Así, Inglaterra es hoy el sólo país de Europa que se resiente de los males causados por la guerra de la Revolución y Francia crece y se eleva, apesar de su incertidumbre, por encima del gobierno que tendrá aquélla en 1847.

Para hacer tolerable la situación de los no propietarios, la aristocracia inglesa se vé obligada á desasirse de sus privilegios; es necesario que conceda más libertad ó de lo contrario es inminente una revolución. He aquí, según mi parecer, una terrible respuesta á M. Pitt: probablemente un próximo porvenir guarda otra parecida á M. de Metternich.

En Octubre de 1796, Napoleón procuraba sobre todo prolongar el letargo de Venecia; tenía por rival en esta empresa al procurador Pezaro, quien á fuerza de instancias y de múltiples humillaciones, decidió á un Senado imbécil á que ordenase el levantamiento de milicias esclavonas y al armamento de una flotilla para la defensa de las lagunas.

La conducta de la corte de Roma se hacía cada vez más intolerable y Bonaparte se disponía á marchar sobre esta ciudad, cuando los movimientos de los ejércitos austriacos le obligaron á ocuparse únicamente de lo que debía suceder en el Adige.

El Directorio, evadiendo siempre comprender su verdadera posición en Italia, había hecho presentar al Papa un proyecto de tratado en sesenticuatro artículos, tal como habría podido imponerlo si su ejército hubiera estado acampado en el Janículo.

Esta insolencia produjo un efecto desgraciado para el ejército; la corte de Roma hizo caso omiso del armisticio y el dinero destinado á pagar la contribución de guerra fué retenido.

Las novenas, las rogativas de las cuarenta horas, las procesiones, todo fué aprovechado para inflamar el odio de una multitud ignorante y apasionada, que más tarde dió excelentes soldados á Francia. El condestable Colonne organizó un regimiento de infantería; el príncipe Giustiniani ofreció otro de caballería y se logró así poner en pié ocho mil hombres. Más tarde veremos la suerte burlesca de este ejército.

La posición del de la República fué un poco mejorada por el tratado de paz con Nápoles, que se firmó el 10 de Octubre; Napoleón había convencido á Carnot de la necesidad de esta paz, en la cual asintieron de muy mala gana los otros cuatro miembros del Directorio. La Réveillère-Lepeaux tenía un alma noble y justiciera; Rewbell no estaba falto de talento administrativo; pero puede asegurarse que el Directorio no comprendió jamás una palabra de los asuntos de Italia.

El viejo rey de Cerdeña acababa de morir; el nuevo rey Carlos-Emmanuel respondió á las proposiciones de alianza pidiendo que se le cediese la Lombardía. El Directorio debía prometer á lo menos una parte de esta provincia y autorizar á Napoleón á repartir cuatro millones entre los cortesanos del nuevo rey. Tal fué lo que se guardó muy bien de hacer; los Directores parecían preparar con placer el gran suceso que estuvo á punto de estallar en Arcole; se obstina-

ban en no ver que el ejército de Italia peligraba mucho, sin base de operaciones y sin línea de retirada, si el Piamonte cambiase de política.

En el momento de sus más grandes apuros en el Adige, Napoleón envió un ayuda de campo al dux de Génova, con una serie de agravios de los cuales pedía reparación, amenazando, en caso de rehusar, con marchar sobre Génova. Nadie de la aristocracia genovesa fué capaz de reirse á las barbas mismas del ayuda de campo, y el 9 de Octubre, firmó ésta un tratado por el cual se ponía á disposición de la República francesa y se obligaba á pagar cuatro millones.

Los compesinos de los feudos imperiales, menos cobardes que la aristocracia, supieron poner su valor al servicio de su odio; hubo un segundo sublevamiento que fué acallado por una columna móvil.

Los corsos, descontentos de los ingleses que habían llamado á su isla, les recibieron á balazos; el general inglés ocupó Porto-Ferraio. Napoleón dirigió con mucha destreza la expedición del general Gentili, quien, á pesar de los cruceros enemigos, logró desembarcar en Córcega con algunos soldados, el 19 de Octubre de 1796. En pocos días Gentili expulsó á los ingleses y á los emigrados franceses.

Tales fueron las ocupaciones políticas de Napoleón, desde el combate de San Jorge (15 de Septiembre de 1796) hasta el ataque infructuoso de Caldiero (12 de Noviembre siguiente), no dejando de ser secundado por el Directorio, quien quizá en el fondo deseaba su derrota. Piénsese bien que su correspondencia con este gobierno inhábil y malévolo no era en modo alguno un modelo de franqueza.